



PERCEPCIÓN ESPACIAL

Estoy esperando en la cola de la caja de un pequeño supermercado del pueblo en dónde veraneo. La pareja que está pagando lleva varios minutos en una discusión sobre si necesitan o no un producto que él ha cogido. Lllaman a la madre de ella para salir de dudas, mientras la cajera espera con el datáfono en la mano, y el resto de clientes esperamos, invisibles a sus ojos, en la cola.

Camino con mi pareja por la estrecha acerca de la calle mayor del pueblo. A diez metros tres personas charlan animadamente ocupándola por completo. Los alcanzamos, y continúan enfrascados en su conversación. Los hemos de interrumpir pidiendo paso, momento en el que reparan en nosotros.

Son dos ejemplos de miles, que llevan a mi pareja a un comentario: “hay gente que no tiene percepción espacial, que no se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor”.

Y es verdad. Hay personas que tienen consciencia de todo lo que ocurre a una cierta distancia suya (incluso si vas por detrás se van a dar la vuelta para mirar porque saben que hay alguien detrás) y hay personas que no se enteran de nada de lo que ocurre a veinte centímetros de ellos, y que necesitas llegar al contacto físico o a la apelación verbal para que se den cuenta de que existes. Y si no se enteran, lo que ocurre es que no respetan el espacio físico, ni son conscientes de cómo su comportamiento (en el caso del supermercado) afecta a los demás.

Creo que a todos nos ha pasado. Al menos a mí seguro: que hay momentos que no somos conscientes de lo que está ocurriendo fuera de nosotros. Que estamos mirándonos el ombligo y no vemos más allá. Pero una cosa es que nos ocurra un día, y otra distinta que sea nuestra pauta de funcionamiento. Porque cuando es así, nos perdemos mucho, y lo queramos o no, nos hacemos antipáticos.

Acordémonos de tener el radar espacial activado. Al menos a dos metros de nosotros. Seremos más respetuosos y más cordiales.